1

VAIVENES CAI 233697



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

10 cénts.

1

233697

47/1505/99

Vaivenes caderiles

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

—Que yo sea una excelente, una excelentísima profesora de danzas modernas y aún antiguas.

—Antiquísimas—murmuraba una discípula.

—Figurense ustedes que la reina de Ninive...

¿Ni ni ve?... Ni vé lo que dice; pobre mujer.

—Eso! Nos habla del siglo de los cortos de vista.

—A ver si bajo y las zurro la badana a tres o cuatro.

—A ver si no va a poder ser.

—Más murmuracioncitas.., Jesús y que tiempos!

—A mí no me zurra ésta; con lo delicado que tengo yo el circulito.

—Y yo con lo ampulosa que soy por detras tendría que entretenerse una semana

R. 3224123

para seguir toda la geografía carnal.

—Eso de repicarte a tí se queda para nosotras ¿verdad, pequeña?

—Basta! Basta de teoría de baile.

—Basta!... Repampano y que bestia es la tia Juanela.

—Yo no gozo más que cuando nos dá lección la hija.

—O el sobrino de la vieja ¡se trae una documentación!

—En regla! Tal como aseguras! Y que se le nota bravamente.

—Si que se le nota: cuando habla mucho. ¡Como que tiene el bachillerato!

—Yo misma he comprobado!... Chica ¡que expresión!

—Su título de profesor. Lo dicho: en regla.

—Mira no repitas mucho eso.

—¿Por qué razon?

—Mujer: porque vamos a sospechar que tú también estás en regla.

—Como que lo estoy! Pero a veces!... Verás: eso lo he aprendido a decir de mi banquero... Estas bien! Eres descoyuntante... En regla! Así dice él con sus lentes de oro montados sobre su narizota colorada, lo mismo que nuestra empalagosa maestra.

A todo esto la maestra, la excelente doña

Juanela, se había caído como un trompo.

Pobre señora! Era una calamidad! Cuando en su «Academia Terpsícore» daba lección de teoría, se quedaba dormida.

Cuando la daba de practicas de baile... casi se iba al suelo.

De modo que lo que hacian las alumnas, entre las que descollaban Milagros, Lidia, Sara, Ofelia y otras, en vez de instruirse era divertirse y pasar el rato: entregarse a murmuraciones, eabildeos galantes, cuentos picarescos y otros ejercicios muy propios de su edad.

Y cuando llegaban Fred, ayudante de danza antigua y palillos era una dislocación general.

Y cuando aparecia Carl su amigo y compañero, ayudante de bailes modernos y de salón, era el paroxismo de la bulla y del aquelarre.

—¡Queridísimas nenas!—exclamaban éstos al irrumpir como una tromba en el saloncillo, alegres como unas castañuelas.

—¡Nuestro amor! ¡Nuestra dicha, que sois vosotros!—respondian entusiasmadas las chicas rodeando a los dos pollos, haciéndoles un sin fin de caricias y monerías.

—¡Toma un besito dulce, riquín de la casa!—decía Milagritos a Fred, cargando contra sus labios un apretado y ruidoso

beso, que le ponía a éste los mostachos más encrespados que un cepillo de sacar lustre.

—Pues to... toma tú este sabroso achuchón de mi caldeadito cuerpo, serrana—contestaba a su vez correspondiendo Fred a la caricia.

Lidia se interpuso celosa y se colgó del cuello del joven, replicando;—¿Y para mí no queda medio bigote?—y tiraba de él suavemente con sus deditos finos y sonrosados.

Por su parte Sara y Ofelia se agarraron como lapas al ayudante de bailes modernos.

—Hoy haremos aquelarre, chicas—saltaba y decía Carl.

—Hola! Brujas del aquelarre!... Felices—añadia Fed. Uno y otro educados en Alemania aun cuando nacidos en la provincia de Soria haciánse llamar *Fred* y *Carl*, en vez de Federico y Carlos, porque aseguraban que viste más y es doblemente chic y ultramoderno adoptar nombres cortos, aun que se tenga largo... el apellido o lo demás de la persona.

—¿De modo que hay aquelarre?

—Hoy, sí: La danza de brujas; el rondó de escobas con sus finales: escobazos, zurras y apoteosis...

—¿Apoteósis de la gran alcoba?

—La grande no podría utilizarse esta noche...

—Por que causa? Por que duermen en ella un matrimonio manchego que llegó ayer a Madrid,

—Malhaya! Y cómo es ese matrimonio.

—Yo no se como será por que no les he visto la cara, pero si el reverso.

—Chica! Qué enredas!

—Lo que estais oyendo--agregó, acercandose más al grupo la pizpireta Ofelia, la que parecía más pacata e inofensiva.

—Relata, pequeña... que esto promete ser de un verde subido.

—Subido y bajado!

—Calla! Zopenco!

—Me anticipo nada más y preparo el terreno. Ya veis: la chica, esa Ofelia tan peripuesta y tan mosquita muerta, habrá visto subirse y bajarse posteriores en su vida...

—Justamente. Y te aseguro, Carl, que los que ayer mismo vi por el ojo de la cerradura eran desopilantes: en regla!

—Bien pero ¿que hacian?...

—Oh! eso es peliagudo!

—Pues pelillos a la mar! Aprieta, Ofelia!

—No; si eran ellos los que apretaban.

La mujer, una mujerona con todos los encantos propios del sexo y muy desarrollados además, la mujer digo dábale al marido la faz posterior para que èl se conveneiera de algo.

—El fulano la intimaba?

—Justo! La reprendia acremente por haberse entregado a unos amorios desenfrenados con un empleadillo de Rentas Estancadas y, como era de Estancadas, la censuraba que fueran al Estanque grande a exhibirse, como si no hubiera otros sitios.

—Caracoles! Vaya un marido!

—Modelo! Digo yo. Así debian ser todos...

—Deciamos ¡ah!... que en la antigua Ninive, reinaba Dido: la reina màs voluptuosa y ¡ah! y más...

Risotadas generales. D.ª Juanela quiso explicar un momento màs y volvía a quedar exánime o en brazos del dios morfeo?

II

En casa del banquero habria cuadros disolventes «aquelarre» y *lunch*.

Lo del lunch les tiraba bastante: lo de

los cuadros desde luego preferianlo a los del museo del Prado y en cuanto al aquelarre consistia en una irrupción inopinada de brujas jovenes (?) todas ellas discípulas de D.ª Juanela y de Juanita su bella y alocada hija la cual adoptaba el papel de Reina de las brujas la gran Mico-micona.

—En regla los cortinages, que figuran ambas! En regla las azoteas. En regla todo, Carl. Eres un decorador, rara avis. Toma y paladea este mostillo, un rubio jerezano a quien no se puede tutear mucho tiempo, porque te despena y te tumba. ¡Ja, ja, ja!

—Ahi el tablado ¿ves? Con su combinación de luces inclusive.

—Faltarán luces... Ya nos alumbraremos nosotros, si acaso.

—Señorito. El aquelarre anunció Sofia, la domestica--una alcarreña con muchas carnes.

Fueron penetrando Ofelia, Milagritos, Lidia, Sara y dos chicas más, no alumnas, pero si aspirantes.

--Bravo hijitas, me alegro! El escuadrón de «vaiveñes caderiles» como os apelo yo ¡Viva la academia!

Los abrazos menudeaban: los besos furtivos y las caricias á tras mano, o de contrabando iban en crescendo alarmante.

Y es que don Zenon era un banquero

muy llanote campechano, a más de su cualidad de erótico de primera fuerza. Quitabase, en su domicilio, cuantas prendas gustaban las chicas y los chicos y él tan tranquilo; aún más cuantos más estorbos apartaban de sus lindos cuerpos las mozas más disfrutaban los ojos y el corazón del banquero. Los ojos se abrian desmesuradamente a la vista de un temblequeteante par de pechos, con sus puntitas de fuego en la cúspide: el corazón se le ponia de punta ante un par de glúteos bien desarrollados, con su divisoria, llamemosle *trinchera* de Cupido, perfectamente manifiesta: y el gran soldado del ejercito de citerea tomaba como siempre las trincheras por asalto, ocultaba en ellas su alma toda y sus sentidos y no eran «cheques» precisamente lo que faltaban ni «choques» de labios con carne fresca y rubicunda lo que menos prodigaba el enamoriscado solterón.

Aquel pisito que él habia dedicado al grupo «Vaivenes Caderiles» ocho o diez chicas y dos o tres muchachos, los de más confianza entre todos sus amigos, dedicabalo a continuas bacanales y espansiones juveniles en que él se conceptuaba feliz expectador las más veces.

La única que lograba ponerle los pelos de punta con sus vaivenes lúbricos y su

gracia endiablada.

A esò de las once de la noche el silencio del hotel convirtiose en abigarrado bullicio. Las chicas de la académia, con sus acompañantes Fred y dos distinguidos *clubmen* del Sporting y penetraron en la alegre mansiòn saltando, cantando y riendose como descosidos.

--Haremos un ensayo del aquelarre!

--Ajaja! Un ensayito, pero breve y de efecto. No quiero que llegue media noche, la hora solemne sin que se verifique el Aquellarre en debida forma.

Pusieronse en facha las seis muchachas. Con las escobas entre las piernas, comenzaban a mover las caderas rapidamente con vaivenes maravillosos, cual otras Walkirias en sus caballos blancos, unicamente que los caballos eran escobones... recios y todos de buen tamaño.

Aquellas seis gupas, cuyas dimensiones, contextura y calidad superior columbrabase perfectamente a través del sutilísimo tegido de sus camisas (debo advertir que se habian quitado ya engorros de indumentaria externa); aquellos seis pares de nalgas movedizas, ululantes, descacharrantes de carnación y acompañadas de los magníficos seis pares de muslos, que con la posturita, el mango de los escobones en-

tre ellos, como ilusionandolas de otras cabalgaduras pertenecientes al sexo contrario ¡ilusiones explicables a tan tierna edad! procuraban a los encantados ojos puntos de vista, insospechados; áquellos vaivenes caderiles, simulando de brujas trotando o navegando en el espacio sideral, muy bién imitado con el decorado de Carl, embrujaban los sentidos y daban vértigos a la carne.

—Mas cadera!... Atizale a la escoba ¡reina

—Aupate más, Micomicona; que eres la que va delante.

—Viva el aquelarre!

—Esta escoba!... Jesus que humedad!

—Puede que la humedad sea tuya, Milagritos!

—No diré que nó!... Pero no pareis, que el gramófono sigue aún en su danza.

—No cesen, nó... Cuanto más dure ese vaiven caderil, más champan verteremos... Nos beberemos cuatro, diez botellas por barba... Seguid! ¡brujas deliciosas! ¡Oh! ¡que muslos! hasta el vientre distingo yo de tres o cuatro.

—Ahora nosotros a la grupa—indicó Carl con un gesto rápido; Fred, Cenón, el banquero y los demás *clubmen* uno por cada brujilla, colocáronse a horcajadas sobre las escobas y emprendieron el propio

movimiento, taconeo, bailoteo, brujileo, o lo que fuere... El caso es que hallábanse en apretado contacto las delanteras de ellos con las grupas de ellas, con los escobones sirviéndole de palanca y guía entre las nubes de papel; nubes de amor y de dicha, nubes de ilusión. El vaivén caderil se hizo general. El ensayo de «aquelarre» constituyó un éxito inaudito.

Todos jadeaban, todos hallábanse calados de sudor y de otros humores, más o menos plácidos o eróticos que les inundaron. Llevaban ¡15 minutos trotando por los espacios celestes!

III

Acababa de traspasar el umbral de la puerta una esbelta señorona de agradable aspecto y apretada de carnes y de solomillos.

—Oye, muchacha; deseo ver a tu principal.

—Yo no tengo principal. Es banquero don Cenón.

—Bien; don Zenón supongo estará visible.

—En calzoncillos y afeitándose.

—Pero visible para mí.

—Usté es una señora muy entrometida.

—No tan entro *metida* como tú te figuras. Mi marido fuese a la América del Centro y desde entonces mi centro-américa se resiente de vacío y soledad.

—Lo siento, pero el señorito.

Apareció don Zenón del Portillo, banquero y exdiputado a Cortes, ostentando un carrillo sí y otro no a medio enjabonar, prueba que estaba afeitándose.

—¡Señora! ¡Ah! Creo que se trata de nuestra bella vecina Asunción.

—¡Cabalito! Vengo a denunciarle que ya estoy harta del bailoteo y escándalos en este piso que usted ocupa.

—¡Oh! bella dama... yo...

—Un banquero en calzoncillos, entregarse a tales saturnales.

—Aquelarres, señora. Le explicaré: las chicas de doña Juanela están para estrenar el baile denominado *Vaivenes caderiles* en el Price.

—¡Y a mí qué me importa eso!... Soy la dueña en mi casa.

—Usted es la dueña... y además la dueña de protuberancias sicalípticas de primera magnitud. Mis cordiales plácemes doña Asunción.

Esta, conquistada a medias por el cam-



CARAMBA

bio de frente del banquero, suavizó su estilo y dulcificó sus miradas.

—¡Ay!, don... ¿Cómo es su gracia?

—Zenón del Portillo, preciosidad... Siga, siga. Me deleitan su conversación y esos pechos de reto y de tentación que asoman, picarescos y juguetones, por su descote.

—Mis pechos... ¡Ay! don... ¿Cómo es su?...

—Portillo, señora. Vamos, Zenoncito, si usted gusta. ¿Usted gusta?

La domésiica, a una inteligente indicación del amo, habia traido unos bollitos de natilla, mermelada de higochumbo y un Jerez que reclamaban en conjunto fiesta y jolgorio.

—No tengo bastante confianza. !Ay! don Zenoncete... Mi ausente protector no piensa en mí.

Ya le circundaba el cuello con uno de sus mórbidos brazos, poniendo a tiro de pellizco sus axilas de ensortijadas briznitas rubias.

Del Portillo aprovechó el tiempo.

—Usted esto: dediquémosle al ausente estos bollitos inofensivos; y yo esto... dediquemos al presente esta encrucijada tentadora.

Asunción, sin empacho, hallábase ya a

horcajadas sobre uno de los muslos del dichoso banquero.

Este paladeaba por un lado el bollito que ella le servía y que le había caido ¡casualidad! entre sus esculturales muslos.

—¡Oh! yo lo gustaré con mis labios... Es mi especialidad.

—¡Oh! Quítese un momento de encima de mi pierna. ¡Ah! eso es. Ahora voy con el bollo... Me hinco de rodillas ante tan soberana belleza. ¡El bollo! Ya le tengo.

—¡Es suyo! Usted me ha invitado.

—Ahora es de ambos; usted también me ha invitado a gustarlo en el sitio donde se halla. Entre estos soberbios sustentáculos de la dicha suprema... ¡Oh qué dulce!

Ella iba separando los sustentáculos que resultaban ebúrneos, recalcitrantes, auros como el alabastro. El apoyaba las manos en las rodillas de la cálida hembra. Esta iba meneando el caderámen con suavidad...

—¡Ah, mi vidita! ¡Cielín! También «vaivenes caderiles». Quie....re...e... usted papa...pel.

—No parlotee y coma bollo a un tiempo, que nos distraemos usted y yo... Pero usted, Zenoncillo, qué dirá de mi desaprensión.

—Yo soy muy desaprensivo... Venga

usted a la cama. Estaremos más a gusto y ¡así como así a mi se me ha acabado el bollo y tú, ricura vespertina, vas a contarme allí cosas sabrosísimas, respecto al ausente. ¿Hace?

—Que sí, banquero goloso..

—Y proceloso.

Trasladábame al lecho.

—¡Señorito! ¿Puedo retirar eso? demandaba la fisgona doméstica desde el exterior.

—Deja; no corre prisa.

Volvióse a sus lares la entrometida doméstica. En la cocina ¡menos mal! esperaba el tendero de comestibles, que era casi novio suyo.

—Dejas que te cate estos piñonazos, prenda?

—Déjame los piñonates. Estoy que ardo. He sorprendido al señorito y a esa doña Furcia del piso de abajo achuchándose.

—Yo te achucho a tí tanto como quieras. ¿Y a esos jamones, no hay quién les ponga precio?

—Tan encandilada estoy que...

—¡Tus jamones! Tus jamones apetezco. Soy un ultramarino socarrón y amable.

—¡Pues tómame, socarrón!

Intaláronse, en efecto, sin preámbulos, para el acto de la toma de posesión de los

ricos jamones de la doméstica.

El chico, que era un guaja y un vivo de los más despiertos, la hincó los dientes en la nuca, en los brazos, en los jamones, y como postre, en los dos ricos quesos de bola que ostentaba la cálida muchacha en mitad del pecho.

La comilona de natilla y otras laminerias fué solemne y de las que forman época. Por la noche, no podía ya ni con sus jamones, en fuerza de mordiscos. ¡Cosas del amor!

IV

—Me vas a querer como al ausente, Asuntita. Mira Asunta, el «asunto» es que nos entreguemos nuestros ardores.

—¡Ah! eso es imposible. ¿Ves este corazón?

El la tocaba el corazón. Duro y blando a las veces, ardiente y vaporoso y con cada latido que entontecía.

—¡Bueno! ¡Basta! Que me sobas de un modo...

Asunta entornaba los ojos, como desmintiendo sus palabras algo bruscas.

—Ese corazón tuyo, como el mío, anda

pon la mano encima. Palpitan al ¡unís! Se buscan: que se encuentren en el apeadero de mamaita Venus Capitolina.

—¡Oh! qué órganos tan sugestivos y tan desarrollados nos dá la naturaleza.

—Pero los órganos bucales del hombre, para alabar vuestra hermosura, ¿ves monísima? encajan siempre en los de la hembra que eres tú; procelosa y tierna a un tiempo prueba de morderme el cuello y verás.

—Ya pruebo y es di... fi... fi... cil!

—¡Pero abre más los labios, alma mía!

—¡A... ho...ra! ¡Ah! ¡Ay! si estuviera aquí el ausente.

—Abandona esas ideas, cielo estrellado. ¿No me tienes a mí?

—¡Oh, sí; Pero no la tengo a ella.

--¡Zape! Existe una ella de por medio.

--Una casi hija mia: Ebúrnea, bien dotada, con cada nalga asi y cada muslo que metía miedo. ¡Oh Milagritos de mi vida!

--¡Carape! ¿Una hija *casi*? ¿Y en qué consiste ese casi?

--En que fué el resultado de unos devaneos eróticos entre mi ausente, el bueno del domador de focas, a quien lloro a ratos y una ecuyere de circo.

--¡Re... lente! Y ese domador de focas le hizo una chica que se llama Milagritos a esa ecuyere. ¿Y dónde está la Ecuyere?

--Se ignora.

—Y el domador, tu domador...

—Gracias, no soy foca.

—No serás foca ni yo lo he dicho en tal sentido, sino *foco* de placeres y de encantos adorables. ¿He rectificado bien?

—¡Monín! Toma un ósculo y una docena.

--¡Ah! oscúlame, requeteadorada, oscu-lémonos... ¡Oh qué bueno es el amor libre! Yo soy soltero... Bien; ¿y tu Milagritos?

--No sé donde para.

--De fijo que ella no parará, digo yo.

--Dios no lo consienta.

--Digo que ella no parará hasta dar con su madre de estrangis, que eres tú; ¿es así?

--Así es. Y aunque ningún vínculo carnal...

--No me hables de vinculos, ni de carnes, con estas carnes de placer y de expasmo que estoy tacteando.

--¡Tactéame más! A tu gusto, chatín! Y tú crees que podré tarde o temprano dar con esa Milagritos que tanto me apena no poderla echar los ojos encima y estrechar contra mis pechos?

--¡Calla! Conozco una Milagros... La reina del aquelarre.

--¡Oh! si fuera ella... No; como muslos

sí que es de un desarrollo phidiesco; palabra de honor. En cuanto al rostro, de una pureza de líneas solo comparable al tuyo. ¡Asuncioncita!

V

--Tratábase de la representación a todo gasto de la fantasía *Vaivenes caderiles*, original del propio Carlitos, quien lo dedicó a Milagritos, la más gentil de las educandas de doña Juanela.

--Mira Juanita; pruébate esa veste.

--¿Para la Reina de las brujas?

--Sí; para Mico-Micona. Despacha.

---Pero ¿y tú?

--Yo desempeño un fauno, como sabes.

--Pero no consiento que te vayas a faunear con otras ¿eh?

—Si eres tú la que me domina, me encanta y me tiene lelo perdido!

—Demuéstramelo y ayúdame a meterme eso. Primero deja que me quite los pantalones.

—Yo te ayudo. ¡Chas! ¡chas! Así en tus incomparables muslos para castigarles de lo poco que me quieren.

—¿No te quieren? ¡Porbecillos y han

bailado cien veces esperando tu entrada triunfal en el escenario!

¿Pero es de veras? ¡Rica! ¡Amor! Hada de mis destinos.

—Desatinos dirás mejor, Porque ¡mira como me pones la veste, arrugada y con cada pliegue!

—Pues aquí no debe haber nada arrùgado, Mico-micona, mía.

—¡Ay! sí... Pero si quisieras pedir mi mano... ¡cómo lo arreglaríamos; no teniendo madre, como no tengo.

—Arreglaríamos una madre postiza en menos que canta una rana del estanque grande. Aparte de que yo no pienso pedirle nada a ningún miembro de tu familia, le haya o no porque me voy tomando tu cuerpo poquito a poco. Y sí no ¿de quién son esos pinrelitos gachones?

—¡De mi gitano! ¡Gitanazo!

--Y ¿estas pantorrillas regordetas?

—¡De mi *gachó*!... Yo también hablo en calo, si se tercia. Y estos muslos y lo que entre ellos guardo ¿pa quién?

—¡*Pa menda*, mi negra! ¡Ale, ahí las gachís con agallitas y con postín? ¡Por qué se pué! ¡y se repuede! ¡Viva mi negra!

—Que vuelves a entusiasmarte y a pisarme la veste.

—Es que me duele que sobre este des-

nudo tan estatuario, tan *tizianesco* tenga que caer la nubecilla de ese indumento.

—¡Ven, colócamela ya!...

—¿La veste? ¡Allá voy!.,. Parece que te viene abundante.

—¡No, barbarote!

—Que te viene larga estoy manifestándote.

—¡Ah! Ya... Pues la entraremos dos deditos por abajo. ¿Te parece?

—Eso. Yo mismo verás.

Milagritos gozaba lo indecible entre los brazos amantes de su intelectual ayudante. Aquellos dedos de el parecíanle divinos y muy apropósito para acortarle la *veste* y alargarle los minutos espasmódicos de dicha.

—¡Nene!... ¡Ya está bien así!... ¡Introduce el sobrante!

—No puedo: que te pones muy perfilada y esa operación requiere...

—¡Riinquitiquí!!—interrumpió el timbre de aviso. Iba a principiarse el estreno.

Las brujas encantadoras, en perfectas, odiosas vejanconas, con sus escobones ya empuñados; los faunos en su puesto ojo avizor. El diablo, o sease Fred, con su traje negro ceñido y sus miradas malignas, y envuelto en negro manto.

Descorrióse el pequeño telón que simbolizaba el beso supremo de Leda y su cisne, Una suave melodía invadia el reducido salón.

Doña Asunción y su acompañante, el dueño del establecimiento el insigne banquero, paladeaban ya de antemano aquel espectáculo de seducciones y emoción carnal inenarrables.

—¿Ves? He traído esta fotografía conmigo. —Y se la mostraba a Portillo.

—¡Anda salero! ¡Qué sorpresa!...

—¡Qué! ¡Amor! ¿La conoces?... ¿Sospechas? Es la hijita del domador.

—No se: espera... Ya veremos. (El astuto se reservaba la sorpresa final). Atendamos a la escena. Ese coro de sátiros impecable; son los mismos faunos que doblan los papeles. ¡Bien! requetebién esas ninfas enseñando los encantos más ocultos!... Esa desconyuntante rubia!... ¡Oh!... ¡Ahora el aquelarre!... ¡Simularán la marcha a través de los espacios. Fíjate Asunción!... Y fíjate bien en la reina, Mica-micona; la que las dirige y guía hacia su antro infernal.

—¡Oh! ¡que Satán tan propio!... Y ¡qué rabo tan tieso lleva!

—Es Fred; un chico de provecho... Dificulto que él solo pueda, por muy satánico que sea bregar y contender con tantos brujos, y con tan despampanantes brujas.

. . . . . .

—¡Cielos! Es ella ¡Oh! ¡mi nena! Milagritos...

—¿Mamá?—interrogó sorprendida ella, ya en el camerino.

—No; tu mamá no; pero tú mi heredera, con encargo de Didier tu padre ausente ¡sí, sí! ¡hijita del alma! ¡En mis brazos!

--Basta de enternecimientos. ¿Te han gustado los *Vaivenes caderiles?*

Ella acercose cauta y coquetona al preguntón;

--Y tú cuales prefieres... ¡pequeño!

--¡Yo tus vaivenes!...

Apretujáronse los cuerpos y estableciése una vez más el eterno e inefable apretujón amoroso, que finiquita todos los objetivos de la vida.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras.—Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita.—Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos. Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas.—Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil.—Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslugrafía física.—Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.—Los agujeros de Trini.—Vahidos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el genero amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO 10 CTS

COLECCIÓN

¡¡ VIVA LA GRESCA !!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos La última palabra de lo gracioso y cachondamente bien escrito.—Riquísima presentación.

CADA TOMITO 20 CTS.

Publicaciones Alegres Barcelona - Buenos Aires